

de sus predecesores, es no menos doctrinal y filosófica, que narrativa é histórica. El arte militar, y la prudencia civil se aprenden harto mejor en las obras de Polibio, que en las otras historias, y que en la misma *Ciropedia* historia, ó romance hecho a proposito para formar un monarca perfecto. Pero por mas instructiva y provechosa que sea su doctrina, no puede obtener completas alabanzas de los juiciosos lectores, á quienes no parece bien colocada y oportuna, singularmente presentándose con tanta profusion como allí se ve; ni se pueden aprobar las digresiones tan freqüentes y tan largas; ni se quiere ver en una historia interpuestas con tanta freqüencia larguísimas disertaciones. Disertacion sobre la diferencia entre la causa y el principio (a), disertaciones de las instituciones, y de los estudios propios de un general, de las obligaciones de un historiador, de la naturaleza de la historia, y de otras mil cosas semejantes ocupan gran parte de los libros histori-

ricos de Polibio: y Polibio, diré con Fernelon (a), raciocina sobrado, por mas que raciocine muy bien, y pasa los límites de un simple historiador, desenvuelve cada acontecimiento empezando de la causa que lo produjo, y forma de todos una especie de exâcta anatomía. Perotti, en la prefacion á los libros de Polibio dirigida á Nicolao V, dice que todos los latinos han seguido á Polibio en aquella parte de historia romana que él ha tocado, y que singularmente T. Livio se ha atenido á él tan fielmente, que todo su libro vigésimo primero casi no es mas que una literal traduccion del tercero de Polibio; pero qualquiera que lea con alguna atencion los dos historiadores, encontrará que aquella parte de Livio está muy lejos de ser una traduccion, aunque descubrirá en ella freqüentes vestigios de la obra de Polibio. Algo despues de Polibio, y en tiempo de Cesar y de Augusto, florecieron otros dos célebres historiadores, que siguieron otro método, y emprendieron historias que necesitaban de mayor y mas

Tom. VI. H in-

(a) Lettr. sur l'elog.

Diodoro
Siculo.

intenso trabajo, y de mas vasta y profunda erudicion. Estos son Diodoro Sículo y Dionisio Halicarnaseo, que internándose en las cosas remotas antigüedades, y procurando descubrir alguna luz entre las tinieblas de las fábulas, han formado vastísimas historias, que si no son originales en las noticias, lo son ciertamente en la empresa de la obra, y en el modo de tratarla. Diodoro en su biblioteca abraza la historia de casi todas las naciones del mundo, viniendo á los tiempos mas antiguos, se introduce en las fábulas de los tiempos heroicos, desciende á las edades posteriores, desenvuelve los verdaderos hechos de los tiempos mas conocidos, y forma una historia universal, que ha podido servir de modelo á los modernos compiladores de semejantes historias. Treinta años de continua lectura, viages, gastos y toda suerte de investigaciones dieron á Diodoro aquella inmensidad de noticias que se requería para una obra semejante: y la erudicion, el juicio y la crítica, que son las dotes recomendables en los autores que emprenden semejantes historias, se encuentran en él como podían desearse en un hombre solo, y en

en una empresa tan vasta. Quanto sabemos de verdadero de los tiempos fabulosos, podemos decir que casi todo lo debemos á las reliquias de la obra de Diodoro. Hemos perdido la mayor parte de aquella biblioteca histórica; y los quince libros que nos han quedado de los quarenta que él compuso, hacen que lloremos amargamente la pérdida de tan precioso tesoro, y nos dan una sublime idea del sagaz ingenio, vasta erudicion y maduro juicio de que estaba adornado el autor de aquella inmensa y única historia. Dionisio, aunque reducido á las antigüedades romanas, dió mucha extension á su materia, se engolfó en los tiempos mas remotos, y escribió veinte libros, de los cuales solo se han conservado once. Con la residencia de muchos años en Roma, y con el trato de los mas eruditos romanos, con la atenta lectura, con el exámen de quantos libros y monumentos podían suministrarle mas seguras noticias, y con las mas diligentes investigaciones que puede exigir una severa crítica, recogió tan copiosas y exquisitas memorias de las antigüedades romanas, que pudo dar mu-

Dionisio
Halicarnaseo.

cho que aprender á los mismos romanos en sus cosas propias. El estilo de estos historiadores, aunque no sea comparable con el de los Herodotos y Xenofontes, merece sin embargo distinguidas alabanzas por la pureza y correccion en tiempo de tanto abandono y corrompimiento. No faltaron despues de estos muchos Griegos que se dedicasen á escribir historias; pero ninguno obtuvo la celebridad que en tiempo de Vespasiano y de Tito se adquirió el hebreo Josefo con su *Historia de la guerra judaica*, y con los libros de las *Antigüedades judaicas*, quien por el orden, por la exâctitud, y por la pureza del lenguaje y elegancia del estilo, se hizo acreedor á la admiracion de los mismos griegos, y á que los romanos le erigiesen una estatua. Mayor mérito tuvo en todas las partes de la literatura Plutarco, que floreció poco despues en los reynados de Nerva y de Trajano. Filologo, filósofo é historiador, llegó en cada clase á una excelencia que lo hacia sin disputa alguna superior á quantos hombres eruditos podian entonces ilustrar la república literaria. Pero singularmente por lo que mira á la historia, las

Josefo
hebreo.

Plutarco.

las vidas de los varones ilustres, aunque no las considera él como historias, le adquieren un honroso lugar entre los mas famosos historiadores, y le hacen muy superior á todos los otros biografos; y Plutarco aunque haya sido precedido de muchos en aquel género de escritos, es con razon tenido por autor original. Una circunstancia bien escogida, un dicho bien traído, un hecho, una accion, un concepto tocado por la mano de Plutarco, nos presenta felizmente á los ojos el sujeto que nos describe; y Plutarco es un excelente pintor del corazon y del ánimo de los héroes, haciendo retratos mas vivos y expresados que los que pueden hacer los Rafaeles y los Ticianos. D' Alembert (a) encuentra particularmente laudable en Plutarco una cierta negligencia, con que dexando y volviendo á tomar su argumento parece que esté hablando con sus lectores sin molestarlos jamás; Mably el arte que tiene de ganarse la confianza y la amistad del lector (b), y otro todavía

(a) *Observ. sur l' Art. de traduire.* (b) *De la Man. d' écr. &c. pag. 200.*

via mas importante de inspirarle el amor á la virtud; otros encuentran varias otras prendas; y Plutarco, escribiendo solo vidas, ha acarreado mayores ventajas á la moral y á la historia, que la mayor parte de los voluminosos y decantados historiadores y filósofos. La historia continuó aun por mucho tiempo en tener entre los Griegos sus cultivadores. En tiempo de Adriano florecieron Arriano, que por la suavidad de su estilo fue llamado el *madrino Xenofonte*, y Eliano, que aunque nacido en Italia, dió tal dulzura á sus escritos, que le adquirió el nombre de *melligloto* y de *mellisono*, y segun dice Filostrato, hablaba tan aticamente en Italia, como los mismos Atenienses en Atenas. Poco despues en tiempo de Antonino, escribieron Apiano Alexandrino, de quien nos quedan todavia algunos libros, y Diogenes Laercio, el qual, aunque escritor tenue y feble, merece singular distincion entre los historiadores literarios; y posteriormente Filostrato, ademas de la larga vida de Apolonio, nos dió otras de los sofistas, mas breves, pero mas importantes para la historia literaria, y para la política.

Otros historiadores griegos.

ca. Luciano (a) graciosamente se burla del contagio de escribir historias que habia infestado á todos los Griegos de aquella edad. No hay, dice, tan solamente uno que no quiera emplearse en semejantes escritos, ó por mejor decir, todos se han hecho Herodotos, Tucídides y Xenofontes; y la guerra, madre de todos los males, les ha acarreado tambien el de producir una chusma de escritores de historias. Pero entre tanta multitud de historiadores va el comando, ya de uno, ya de otro, exemplos de los defectos que deben evitarse en la historia, y en ninguno sabe encontrar alguna de las prendas que en ella deben buscarse. La facunda Grecia, agotadas ya sus fuerzas con la produccion de tantos historiadores clásicos y magistrales en tantas maneras diversas de historia, ya no podía dar mas que frívolos imitadores, y vanos charlatanes, historiadores mentirosos, y escritores despreciables. Pero sin embargo aun despues de Luciano respiró algun tanto la historia griega.

(a) Quom. scrib. sit hist. de rectoribus som

Dion Casio.

griega, y tuvo dos ilustres escritores, que se adquirieron distinguido crédito. Entonces escribió Dion Casio largas historias, de las cuales solo nos quedan algunos libros desde la fundacion de Roma hasta sus dias, y quiso emular á Tucídides en las oraciones y en la sublimidad del estilo; y es realmente harto estimado, aunque su malignidad contra algunos ilustres romanos disminuye mucho el mérito de sus historias. Al mismo tiempo Herodiano, uno de los escritores más juiciosos de la antigüedad, eligió para materia de su historia la época de los Emperadores despues de Antonino el filósofo hasta el imperio de Gordiano, y la escribió en ocho libros con una elegante, clara y exácta brevedad, y con una sutil y madura política, que pueden parecer dignas de los felices tiempos de la Grecia, y han merecido los elogios de todos los críticos hasta los modernos de nuestros dias; y recientemente han inducido á Mongault á darnos una traduccion acompañada de grandes encomios, y de muchas ilustraciones del mérito del autor. A estos últimos acentos de la historia griega juntamos

Herodia-

mos todavia los escritos de otro histórico posterior; el célebre Zosimo, quien aun á fines del siglo V hizo oír una pureza de lenguaje, y una cultura de estilo á que ya no estaban acostumbrados los oídos griegos, y que hace que Zosimo sea mirado como perteneciente todavía á la antigüedad de la Grecia, y su obra como el último aliento de la historia griega. Las dotes históricas de Zosimo no han sido tan estimadas como la elegancia de su estilo; antes bien las muchas acusaciones que los zelosos christianos han hecho á su falsedad, y la apología de Leunclavió y de algun otro, y tantos escritos pertenecientes á la verdad histórica de Zosimo, han hecho mas célebre su nombre de lo que ciertamente hubieran podido hacerlo las prendas de su historia. Despues de las muchas ediciones de aquella historia, y de las muchas reimpressiones de la erudita edicion de Celario, tenemos una hecha en estos dias por Juan Federico Reitemeier, aun mas diligente y erudita que la de Celario, y la debemos al zelo literario de Heyne, que la promovió con mucho empeño, y la au-

Tom. VI. I xi-

xilio con sus luces. Y aquí verdaderamente puede decirse extinguida del todo la historia griega, la qual por el transcurso de tantos siglos habia ido triunfante y gloriosa por todas las clases de escritos históricos.

Desde Herodoto hasta Herodiano ha producido la eloquencia griega muchos escritores en toda clase de historias; pero nos ha dexado ilustres exemplares en cada una de ellas? La verdad es una parte

Veraci-
dad de la
historia
griega.

muy esencial en la historia para que pueda proponerse por modelo al que se atreve á abandonarla. ¿Y la fe griega es tan poco escrupulosa en esta parte, ó la historia griega es tan mentirosa como se quiere comunmente? Yo creo que los antiguos tuvieron razon para desacreditar la historia griega, como llena de extrañas mentiras, y de inverisimiles narraciones. El amor á lo maravilloso es comun á todos los pueblos que aun no tienen bastante cultura y civilidad; la antorcha de la crítica no alumbra á los escritores, sino después de haberlos dexado caer repetidas veces en errores. Los primeros historiadores mal podian encontrar la verdad

en

en tanta escasez de monumentos, y era preciso que se sujetasen á las tradiciones populares, que siempre estan llenas de fábulas, de portentos y de falsedades. El oír en las primeras historias tantas extrañezas, producía en la mente de algunos historiadores la gana de fingir otras. Luciano dice (a) de Ctesias, que escribió de las Indias cosas maravillosas que no habia visto, ni oído á otros. La lisonja y la adulacion hacian que los historiadores de Alexandro y otros posteriores incurriesen en falsas narraciones para adquirirse la gracia de los príncipes, que eran el argumento de sus escritos. El ya citado Aristóbulo escribió que Alexandro mataba con las saetas los elefantes; y otro historiador mas moderno decía del romano Prisco, que con solo el acento de su voz mató á siete ú ocho enemigos (b). La competencia con los romanos hizo que otros cayesen al contrario en otras falsedades. Y generalmente la vanidad y ligereza de los Griegos los inducía á abrazar

I 2 con

(a) Ver. Hist. lib. I. (b) Lucian. Quom. scr. &c.

con facilidad qualquier cosa por extraña y maravillosa que fuese, y á fingir por sí mismos otras muchas. Basta leer el tratado de Luciano *Del modo de escribir la historia*, y el principio de sus *Historias verdaderas*, para ver quan poco caso hacian los Griegos de la verdad en la historia, y con quanta facilidad se abandonaban á las mentiras para causar admiracion al pueblo con narraciones portentosas. Asi que parece que los antiguos, tanto Griegos, como Latinos, tuvieron bastante motivo para desconfiar de las historias griegas, y con razon pudieron burlarse de su mentirosa charlataneria. ¿Pero nosotros, que no tenemos tantos monumentos de la vanidad griega ¿tendremos idoneo fundamento para llamar mentirosos á los Griegos que ahora nos quedan, y refutar la autoridad de sus historias? Hemos hablado suficientemente de la crítica de Herodoto, y de las circunstancias de los tiempos en que escribió su historia, para no acusarlo de malicioso embustero, ni dar tampoco entero crédito á sus narraciones. ¿Pero qué leemos en Tucídides, en Xenofonte, en Polibio, ni en Plu-

Plutarco que pueda merecer las acusaciones de un justo crítico? ¿Qué luz de verdad histórica descubriríamos ahora entre las tinieblas de las fábulas heroicas sin el auxilio de Diodoro Siculo? El solo nos ha transmitido mas hechos históricos, y mas verdades de los tiempos fabulosos, y tal vez aun de los históricos, que todos los otros antiguos escritores griegos y latinos. Y generalmente los historiadores griegos que ahora tenemos, parece que se han perdido bastante á la fidelidad de la historia, para que deban sufrir de nuestros críticos aquellos cargos que comunmente hacian los antiguos á la historia griega, y no deberá ahora decirse que para que en la historia podamos tomar á los historiadores griegos por perfectos exemplares, les falte esta prenda del amor á la verdad, y de la escrupulosidad histórica. ¿Pero podremos encontrar en ellos todas las prendas que se requieren para formar perfectos modelos? De historia literaria poco nos ha quedado de los Griegos, y en esto poco, nada que pueda servir de verdadero exemplar. La biografia ha sido tan superiormente manejada por Plutarco, que

no

no ha habido hasta ahora escritor alguno de vidas que pueda entrar con él á competencias; pero Plutarco floreció ya sobrado tarde para poder adquirir aquella pureza y elegancia de language, y aquellas dotes de estilo, que son enteramente necesarias para formar un perfecto escritor. Y descendiendo á hablar con particularidad de lo que propiamente se entiende por historia, encontraremos en todos los historiadores griegos escritores apreciables, sin que haya uno que pueda ~~ser~~ por perfecto exemplar. Encantan la dulzura y elegancia del estilo, la claridad y rapidéz de las narraciones, y otras laudables prendas de las historias de Herodoto, y en esta parte puede y debe ser imitado de los buenos historiadores; pero aquel suavísimo escritor ponía sobrado cuidado en deleytar con varias y amenas narraciones á los Griegos congregados en los juegos públicos, y no se esmeraba mucho en formar una exácta y rigurosa historia para instruir á la posteridad. Tucídides es ciertamente el mas respetable historiador de la Grecia, y este es entre los Griegos el mas perfecto, y acabado exemplar que

pueda proponerse á los escritores de historias. ¿Pero cómo podia Tucídides llegar de un golpe á la perfección? La estructura de una historia es máquina muy grande para que pueda salir perfecta y acabada de las manos del que empezó á componerla desde sus principios. Aquella advertencia y malicia histórica de dexar caer de la pluma una palabra, que esparza un rayo de luz para guiar al lector en todo el curso de la historia, de adelantar sin ~~adelantar~~ y con naturalidad un pequeño rasgo, que presente á los ojos del lector los anchurosos espacios que ha de correr, de formar un ligero retrato, que dé luz para ver los intrincados acontecimientos, y los secretos manejos que se han de referir, de dar toda la extension á una narracion, y restringir otra, de expresar una circunstancia, y callar otra, de anticipar una relacion, y diferir otra, de poner todas las cosas en su lugar.

*Ut jam nunc dicat jam nunc debentia dici,
Pleraque differat, et praesens in tempus omittat,*

y de guardar en todo el buen orden, y la justa distribucion, eran primores de po-
lí-

lítica histórico-literaria, que aun no podían esperarse de un escritor, que apenas había oído tartamudear la historia; y el perfecto modelo de los escritores de historia solo debía buscarse entre los Romanos acostumbrados á estudiar á los Griegos sus maestros, y atentos á evitar sus defectos, y á acrecentar sus perfecciones.

La historia ha sido, ó desestimada, ó desconocida de los antiguos Romanos. Dexemos disputar en la Academia de las inscripciones (a) á Paullus y á Sallustius, sobre la existencia ó falta de verdaderos monumentos para las historias de los primeros siglos de Roma. Dexemos decidir sobre esta disputa con mas aparato de erudición y de crítica á Beaufort; y sin entrar en semejante contienda podremos creer que habrán quedado algunas verdades bastante autenticadas, aunque envueltas entre muchas populares y fabulosas tradiciones; pero diremos sin embargo á nuestro propósito, que todos aquellos monumentos eran sobrado áridos y débiles, para que

(a) Tom. VIII.

puédan ser tenidos por verdaderas piezas de eloquencia histórica. Ni los annales de los Pontífices, ni los otros muchos, que, como dice Ciceron (a), siguieron aquel modo de escribir, conocieron las prendas que son propias de los escritores históricos, y todos ellos sin adorno alguno de estilo, solo dexaron la memoria de los tiempos, de los lugares, de los hombres, y de los hechos, sin buscar mas que una brevedad que no fuese sobrado obscura, y se dexase entender: *Dum intelligatur quid dicant, unam dicendi laudem putant esse brevitatem*. Los primeros historiadores romanos no se atrevían á usar el lenguaje romano por ser todavía rústico é inculto, y se valían del griego, aunque tenían en él poco conocimiento. Q. Fabio y L. Cincio en tiempo de la guerra púnica escribieron en griego la historia romana (b); Scipion, hijo del africano, escribió una historia griega con gran dulzura de lenguaje (c); Albino, aun des-

en Tom. VI.

K

pues

(a) *De or.* II, c. XII.

(b) Dion. Hallicarn. *Ant. Rom.* lib. I. (a)

(c) Tull. *in Brut.* XIXII. lib. I. (b)

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA